

EL CASCO URBANO DE LEZO Y SUS PRINCIPALES EDIFICIOS

En muchos pueblos —como en las ciudades grandes o pequeñas— las cosas típicas, esas cosas que fijan y perfilan la fisonomía local, van desapareciendo poco a poco, sin prisas pero sin pausas; es el obligado tributo al «Renovarse o morir», que define y caracteriza el momento actual en la vida de las sociedades humanas.

Como consecuencia inevitable de ese proceso evolutivo, hay que lamentar con gran frecuencia la pérdida de bellos monumentos y de otras obras de arte edilicio, legado de las generaciones precedentes; y vamos viendo desaparecer también muchos rincones cargados de entrañables recuerdos de otras épocas y evocadores de esas pequeñas historias, intrascendentes pero emotivas, que con tanto amor rememoran los pobladores de cualquier ciudad, pueblo o aldea, por insignificantes y humildes que éstas sean.

Afortunadamente, en reconfortante contraste con esa evolución tan lamentablemente generalizada, quedan todavía agrupaciones urbanas donde se sigue conservando un encomiable tipismo, que sin oponerse a la expansión demográfica ni al desarrollo económico de la población, reafirma las aspiraciones de permanencia de un memorable pasado continuamente vivo en el espíritu de los actuales moradores.

«Vivir no es ver pasar, sino ver volver», ha dicho el maestro Azorín. Y acordes con ese acertado criterio, viven plenamente muchos grupos humanos que mantienen el recuerdo de lo acaecido, exponiéndolo permanentemente vivo en sus hogares, en sus calles y en sus más apartados rincones y encrucijadas, renovado y vigente, pero sin que pierda el matiz que tuvo en su época la existencia individual o colectiva de nuestros antecesores.

Así ocurre en Lezo, calificado por un escritor vasco contemporáneo como relicario de la vida, usos y costumbres, del arte y el espíritu de este país. Y ello porque pese a la evolución y al importante crecimiento que el pueblo ha experimentado, guarda todavía muchos recuerdos pretéritos en el típico y recoleto conjunto de su primitivo casco urbano, formado por la plaza del Santo Cristo y las calles de San Juan, Mayor y Zubitxo.

Aun pueden contemplarse en ellas mansiones de vieja arquitectura, edificadas con materiales nobles y timbradas frecuentemente con escudos de armas, que delatan el limpio origen de las familias a quienes pertenecieron en la época de su construcción.

Entre los edificios notables situados en el primitivo casco urbano merece especial reseña la Casa Consistorial, de estilo renacentista, sobrio y elegante. Es toda ella de sillares de arenisca y tiene tres pisos, rematados con un airoso alcor: la planta inferior está porticada y sobre sus arquerías se abren los ventanales del piso in-



termedio, encima de los cuales hay un balón corrido sostenido por numerosas ménsulas y cerrado por atística barandilla de hierro forjado. En la parte central de la fachada, una piedra armera muestra, en altorrelieve, el escudo de la Universidad de Lezo.

La plaza, frente al Ayuntamiento, tiene dos casas antiguas, procedentes de la edad de oro de esta población; y en el costado oriental hay un tríptico de edificios de vieja traza, timbrados con escudos nobiliarios.

También en la plaza, hacia poniente y entre las calles Mayor y San Juan, está situado un atrio o pórtico renacentista, con cierres de rejas entre columnas estriadas, que decora el acceso a la basílica del Santo Cristo.

Afirman viejas crónicas que donde está hoy esa basílica, hubo en tiempos remotos una pequeña ermita: luego, en el siglo XIV o XV se amplió esta, edificándose más tarde la que hoy conocemos, cuyas obras comenzaron el primer cuarto de siglo XVII. Fueron don Lope Martínez de Isasti y sus más directos fami-

liars quienes intervinieron especialmente en las gestiones de construcción del templo, haciendo donación además de los fondos precisos para completar las aportaciones de los vecinos, hasta alcanzar la suma de cinco mil trescientos ducados, que fue, según los historiadores, el coste total de la nueva basílica.

Reformada y reformada luego, tiene ésta una sola nave, con tres cuerpos o recintos dispuestos en sentido longitudinal y coronados por bóvedas hemisféricas independientes. El primero de ellos, separado de los otros por una monumental reja de hierro forjado, alberga el altar y el retablo dorado con un camarín donde sobre un artístico mosaico se expone el Crucifijo.



En el extremo opuesto hay un entrepiso con el coro, provisto de su correspondiente órgano; y bajo ese entrepiso se abre la puerta de acceso a la basílica, comunicada con el atrio a que precedentemente no hemos referido.

La sacristía y los demás servicios del templo están muy decorosamente instalados, y como anejo de este, existió en otros tiempos un Asilo-hospedería y un Hospital, para atender a los peregrinos que visitaban al Santo Cristo, desviándose del camino de Santiago: no debe olvidarse que ya en el siglo X, cuando las gentes de Navarra luchaban contra los árabes, las peregrinaciones a Compostela entraban por Irún, siguiendo el camino que en esa época pasaba muy cerca de Lezo.

La basílica posee seis hermosas lámparas de plata y de sus paredes cuelgan numerosos ex-votos. Hay además una gran cantidad de lápidas votivas donde pueden leerse inscripciones que rememoran gracias obtenidas al encomendarse al Crucificado, que desde lejanos tiempos viene recibiendo fervoroso y asiduo culto.

El origen de esta imagen es muy incierto. Prescindiendo de leyendas populares verosímiles y ateniéndonos a una piadosa tradición, que está de acuerdo con las características escultóricas del Santo Cristo, este

fue traído a Lezo en el siglo X por San León, Obispo de Bayona, diócesis a la que el pueblo pertenecía entonces. Es una preciosa escultura bizantina, rarísimo ejemplar de Cristo sin barbas: hábilmente realizada, es fina, elegante, austera y de correcta anatomía. Su atrayente aspecto, doliente y ascético, mueve a devoción fácilmente a quienes la contemplan.

Contra la antecitada hipótesis, algunos suponen que esta imagen es de origen inglés y fue traída a Lezo desde dicho país por algún piadoso viajero, que quiso sustraerla a las profanaciones cuando el cisma surgido en tiempos del Rey Enrique VIII. Otros pretenden que es obra del notable escultor guipuzcoano Feli-

pe Auzmendi autor de otras excelentes tallas, a fines del siglo XVII.

No existen documentos capaces de confirmar ninguna de las distintas hipótesis existentes sobre el origen de este Crucificado, cuya estima y devoción, sobre todo entre las gentes de mar, ha sido siempre tan grande, que en el siglo XVIII, al pasar los navíos por las inmediaciones de la ermita donde se venera, le saludaban con salvas de ventiún cañonazos. A él se encomendaban también con gran fe y confianza los arrantzales vascos cuando iban a la pesca de ballenas en los mares del círculo polar ártico.

Desde la centuria decimosexta y por piadosa iniciativa de un deudo de don Domingo de Lezo, arde permanentemente una luz ante el Santo Cristo; y en el siglo XVII se le puso el sayal-cobertor que actualmente luce.

Este templo es muy visitado durante todo el año y ha recibido en todo tiempo innumerables peregrinaciones.

Subiendo por las escaleras existentes a ambos lados de la Casa Consistorial, se llega a la plaza de Juan XXIII, donde está emplazada la magnífica Iglesia parroquial de Lezo, edificada en el siglo XV.



Es de piedra sillar, en estilo ojival bastante primitivo y su nave única es muy amplia y de notable altura, por lo que los muros están reforzados exteriormente con sólidos contrafuertes. En la fachada opuesta al altar mayor existe una puerta, que en otro tiempo debió de tener anejo un atrio con artísticas arquerías, hoy desaparecidas: hay además un acceso lateral, en el centro de la fachada Sur del templo.

La luz penetra en éste por una gran ventana abierta sobre la puerta principal y por otros cuatro ventanales altos, dispuestos simétricamente en el muro pentagonal que forma el ábside y sirve de apoyo al retablo del altar mayor. Dicho altar está a bastante altura sobre el piso de la iglesia, en una balconada a la que se sube por una amplia escalera de trece gradas.

El antecitado retablo es magnífico, figurando en él diez y nueve imágenes, dispuestas en cuatro pisos. El centro del mismo, en el segundo piso, lo ocupa la imagen de San Juan Bautista, Patrono de la Parroquia; hay además ocho paneles con altorrelieves que representaban hechos o episodios de la vida del Santo, y el conjunto, como habitual, está coronado por un Crucifijo flanqueado por las imágenes de la Virgen María y del Apóstol San Juan.

En el muro absidal, a los dos lados del altar mayor, hay dos pequeños altares con retabillos de menor mérito, pero que no desentonan del retablo central. Además, en el muro lateral opuesto a la puerta accesoria, y frente a ésta, hay dos capillas, figurando en la primera un grupo escultórico que rodea a un Cristo yacente, mientras que en la otra hay un retabillo interesante, con tres imágenes y unos paneles pintados al óleo, medianamente conservados. Esa capilla está cerrada por una artística verja de hierro forjado, decorada en el centro de su parte superior con un escudo de

armas perteneciente a su fundador, que según reza una inscripción allí existente fue el Capitán don Juan Nuñez de Yerobi, en el año 1676.

La citada capilla tiene actualmente en el lado de la epístola una pila bautismal, correspondiente a la Parroquia.

Sobre la puerta principal del templo y apoyada en un arco rebajado, está la tribuna del órgano, que fue inaugurado el año 1893, y luego reformado y mejorado en 1944.

Aparte de los edificios religiosos y civiles que hemos reseñado precedentemente, en Lezo hubo otrora muchas casonas pertenecientes a linajudas familias; pero las guerras, el ausentismo derivado de los cambios económicos y de las mudanzas sociales, así como también a veces la incuria y el descuido de algunos de sus moradores, han dado lugar a la ruina y destrucción de buena parte de ellas, desapareciendo entre otras, las de Lezo-aundia, situada en las proximidades de la Iglesia Parroquial. Esa casa solariega, ligada a la descendencia familiar del fundador de este pueblo, gozó por ello de una especial estimación, a pesar de su discutible mérito artístico.

Salvadas de las antedichas destrucciones, pueden verse todavía en las calles del casco viejo —y sobre todo en la calle Mayor— varias casas antiguas, muy típicas, alguna de las cuales ostenta el escudo de armas de sus primitivos dueños. Una de esas casas, la señalada con el número veintidós de la citada calle Mayor, es la casa natal del pintor Salaberría y en ella ha sido colocada recientemente una lápida conmemorativa, como homenaje al mismo, que durante muchos años tuvo allí su domicilio y su estudio.

Leandro Silvan — «Lezo» (1970)